

esta parte de la obra de Castellanos en forma mucho más agradable. Participó, pues, en cierta manera el buen clérigo de Tunja, no por su genio, sino por su veracidad, del privilegio de los genuinos poetas épicos, rapsodas primitivos y autores de cantares de gesta, cuyas narraciones han venido con el tiempo á ser material de historia y á transcribirse cuasi á la letra en compilaciones del género de nuestra *Estoria d'España*.

Pero dejados aparte los versos sueltos, y también todo aquello que en las octavas es pura prosa (y será en buena cuenta más de la mitad de tan tremendo librote), todavía un espíritu curioso, y no excesivamente rígido, puede encontrar cierto placer en leer á saltos las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, aun prescindiendo del grande interés histórico, y á veces novelesco, de su contenido. Encontrará en Castellanos no sólo viveza de fantasía pintoresca, que es, sin duda, la cualidad que en él más resplandece, sino arte progresivo en ciertas narraciones; mucha franqueza realista en la ejecución, cuando este realismo no degenera en chocarrería trivial y soldadesca, más propia de un mariscador de la playa de Huelva que de un clérigo anciano y constituído en dignidad; sabrosa llaneza y castizo donaire, cierto decir candoroso y verídico, que hacen simpatizar con el poeta: espíritu vulgar sin duda, de conciencia un tanto laxa y acomodaticia con las bizarrías y desmanes de los conquistadores, pero muy despierto y muy aleccionado por la vida; curioso de muchas cosas, sin excluir la historia natural ni las costumbres de los indios; menos crédulo y más socarrón de lo que á primera vista parece; dado á cuentos y chismes de ranchería más de lo que á la gravedad de la historia

conviene, pero por eso mismo más interesante y divertido para nosotros; viejo gárrulo y prolijo, cuya charla unas veces entretiene y otras ayuda á conciliar el sueño. Como versificador no se para en barras y rompe por donde puede, pero su facilidad es realmente asombrosa. Y si se repara que salió de España cuando todavía estaba muy lejos de haber triunfado la grande escuela del siglo XVI, no se alcanza bien cómo en las selvas de América llegó á adquirir el dominio de la octava toscana, que á veces construye como maestro, con gran desenvoltura y gentileza. El caso de D. Alonso de Ercilla, hombre culto y nutrido con el estudio de los poetas italianos, especialmente del Ariosto, es muy diverso. Castellanos era un aventurero de ínfima condición: hubo de pasar á Indias de doce ó catorce años, sin haber cursado en escuela alguna, que sepamos: lo que aprendió debió de aprenderlo solo, y esto no sólo de poesía y de humanidades, sino de náutica y cosmografía. Y, sin embargo, pudo decir de él el historiador tan sesudo y respetable como Agustín de Zárate, en la censura que por comisión del Consejo de Indias hizo de las *Elegías*, que «cuando trata de materia de astrología, en las alturas de la línea y puntos del Norte y sol y estrellas, se muestra ejercitado astrólogo, y en las medidas de la tierra muy cursado cosmógrafo y geógrafo, y cursado marineró en lo que toca á la navegación....., finalmente, que ninguna cosa de la Matemática le falta». Y si á esto se añade que escribió de primera intención la historia de una parte muy considerable del Nuevo Mundo, la cual sólo Gonzalo Fernández de Oviedo había tocado en la parte inédita de su obra, que Castellanos no pudo conocer, no habrá razón para regatearle los servicios que realmente

prestó como primero, y aun puede decirse como único cronista antiguo del Nuevo Reino, puesto que Piedrahita y él son en rigor una misma cosa. Bien considerado todo, hay que respetar á Castellanos con la carga de sus ciento cincuenta mil versos, y reconocer que, como él decía, «no comió de balde el pan» de su beneficio de Tunja.

Al frente de las diversas partes de las *Elegías* se encuentran versos laudatorios de otros ingenios de la colonia; epigramas latinos nada despreciables de los dominicos Fr. Alberto Pedrero y Fr. Pedro Verdugo, del tesorero eclesiástico de Santa Fe, Miguel de Espejo, del Arcediano Francisco Mexía de Porras, de Pedro Díaz Barroso y Miguel de Cea; sonetos castellanos del licenciado Cristóbal de León, vecino de Santa Fe, de Sebastián García; *natural de Tunja en el Nuevo Reino*, de D. Gaspar de Villarroel y Coruña, de Francisco Soler y Diego de Buitrago, vecinos también de Tunja, pueblo entonces tan importante como venido hoy á menos, y donde parece haberse formado en torno de Castellanos un pequeño grupo poético. Otros ingenios le elogiaron también, pero los omitimos porque no consta que fuesen americanos ni moradores en América. Si á estos versos, que no son ni peores ni mejores que los que suelen encontrarse en principios de libros, se añaden los elogios que Castellanos hace de varios poetas amigos suyos en el contexto de sus *Elegías*, tendremos reunido todo lo que hasta ahora se sabe del primer siglo de la poesía *neo-granadina*, que tratándose de estos tiempos no nos parece bien llamar *colombiana* (1).

(1) Al principio de la *Milicia y Descripción de las Indias*, del capitán Var-

El siglo xvii fué en aquella colonia no sólo de mal gusto, sino de grande esterilidad poética. Sólo pueden citarse algunos versificadores gongorinos, pero aun éstos fueron poco fecundos, ó han dejado corto número de poesías impresas (1). Dejando, pues, á la piadosa diligencia de los eruditos bogotanos el apurar el catálogo de aquellos cuyas obras se han perdido, ó de quie-

gas Machuca (Madrid, 1599), hay versos de dos poetas neo-granadinos: una *Epístola persuasoria del Capitán Alonso de Carvajal, natural de la ciudad de Tunja, en el Nuevo Reino de Granada, al sabio y prudente lector* (en verso suelto), y un soneto del licenciado Francisco de la Torre Escobar, natural de Santa Fe, del Nuevo Reino de Granada.

(1) Véase, además del libro de Vergara, el notable prólogo de D. José Rivas Groot al *Parnaso Colombiano* de D. Julio Añez. Bogotá, 1886, 2 tomos.

Citarémos dos papeles rarísimos que se describen en el cuarto tomo del *Ensayo*, de Gallardo:

—«*Fúnebre panegirico en la muerte de Pedro Fernández de Valenzuela, y en la dulce memoria de su amable consorte Doña Juana Vázquez de Solís, vecinos de la muy noble y muy leal ciudad de Santa Fe de Bogotá, en el Nuevo Reino de Granada, Indias Occidentales. Escribiólo su hijo el P. D. Bruno de Solís y Valenzuela, Monje de la Real Cartuja de Santa María del Paular. Embiólo al Bachiller D. Pedro de Solís y Valenzuela, Presbítero su hermano, y también á sus amantísimas hermanas Feliciano de San Gregorio y María Manuela de la Cruz, Monja de Santa Clara, y á sor Clara de San Bruno, Monja de Santa Inés.*» (4.º, 12 págs. Sin lugar de impresión: la dedicatoria está fechada en Jerez de la Frontera, á 10 de Marzo de 1862.)

—«*Victor y festivo parabién y aplauso gratulatorio á la Emperatriz de los cielos, Reina de los Angeles, María Santísima Señora Nuestra, en la victoria de su purísima Concepción, conseguida en Roma á ocho de Diciembre de 1661. Y á Nuestro SS. P. Alejandro VII, Pontífice Máximo, y á nuestro muy Catholico Rey Felipe IV el Grande, Monarca de ambas Españas, y Emperador del Nuevo Mundo, y á los demás que concurrieron en esta felicísima vitoria. En ciento y ocho redondillas españolas, glosando este antiguo verso: «Sin pecado original». Escribiólas un sacerdote, natural de la muy Noble y Leal Ciudad de Santa Fe de Bogotá, cuyo nombre va en las mismas.*»

.....4.º de 4 hojas, con grabados en madera, y sin señas de impresión.

El presbítero declara sus dos apellidos, *Solis y Valenzuela*, en el contexto de las coplas, y debe de ser el Bachiller D. Pedro, hermano del monje cartujo autor del papel anterior.

nes sólo se conserva algún soneto laudatorio ó alguna otra composición de circunstancias, hablaremos solamente de Hernando Domínguez Camargo, que probablemente no fué el peor de todos, y que por lo menos tuvo la suerte de dejarnos bastantes muestras de su ingenio. Su *Poema Heroico de San Ignacio de Loyola* (1) es sin duda uno de los más tenebrosos abortos del gongorismo, sin ningún rasgo de ingenio que haga tolerables sus aberraciones. Pero en el *Ramillete de varias flores poéticas* que en 1675 formó con versos propios y ajenos el guayaquileño Maestro Jacinto de Evia, hay algunas composiciones de Domínguez Camargo menos malas, y que le acreditan siquiera de versificador robusto y valiente, aunque anulado como tantos otros por el mal gusto. En los romances, sobre todo, tiene algo de lo bueno de Góngora mezclado con muchísimo de lo malo. No puede negarse bizarría al romance de *La muerte de Adonis*, por ejemplo, que parece eco lejano del de *Angélica y Medoro*.

(1) *S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. Poema heroyco. Escribiólo el Doctor D. Hernando Domínguez Camargo, natural de Santa Fe de Bogotá del Nuevo Reino de Granada en las Indias Occidentales. Obra póstuma. Dada á la estampa el Maestro D. Antonio Navarro Navarrete..... En Madrid, por Joseph Fernández y Buendía, Año de 1696, 4.º*

El Maestro Navarro, que era quiteño, nos dice hablando de Camargo: «Fui siempre estimador de su ingenio y apreciador de sus versos; y aunque desé comunicarle en vida, nunca pude por la distancia de muchas leguas que nos apartaban, hasta que supe de su muerte con harto dolor mio..... No acabó el poema, devotamente confiado en que el Santo, con su intercesión, le habia de dilatar la vida, hasta que marcado con el sello del último primor y elegancia lo sacrificara en sus aras..... Pero en tan honrosa confianza le cogió la muerte; ó fuese por excusarle esta vanidad á su ingenio, ó por dejar más impresa con dolor esa mayor memoria suya, viendo que al mediodía del sol de su lucido ingenio se habia anticipado el funesto ocaso de su muerte.»

Las formas predilectas de este desafortado versificador, culterano á un tiempo y conceptista, son la metáfora y la antítesis. Cuando describe el salto del arroyo de Chillo, unas veces le presenta como un toro, y otras como un potro que va á estrellarse en las peñas:

Corre arrogante un arroyo
Por entre peñas y riscos,
Que enjazeado de perlas
Es un potro cristalino.

.....
Bátenle el ijar sudante
Los acicates de espinos,
Y es él tan arrebatado
Que da á cada paso brincos.

.....

Ciertos chispazos de talento que entre la lobreguez de sus poesías tiene Camargo, como decir de Cristo en la pasión, que mostraba

Feo hermosamente el rostro.....

inducen á ponerle entre los ingenios malogrados por la educación y el medio (1).

Algo semejante puede decirse de otro poeta santafereño de principios del siglo XVIII, D. Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla, gobernador y capitán general de las provincias de Neiva y la Plata. Vergara asegura

(1) Las poesías de Camargo se leen en el *Ramillete* de Evia, páginas 235 á 248, con el título de *Otras flores, aunque pocas, del culto ingenio y floridísimo Poeta el Doctor D. Hernando Domínguez Camargo.....*

Y dice el colector Evia: «El dolor que tengo es que sean tan pocas, siendo tan buenas..... mas las distancias de estas partes del Perú á aquellas del Nuevo Reyno de Granada, donde floreció, nos franqueó tan poco de estas riquezas.....»

haber visto, aunque de prisa, un tomo entero de obras suyas, impreso en Madrid, en 1703. Yo nunca he tropezado con él, y lo siento, porque la única poesía suya que trae Vergara (tomándola del *Papel Periódico*, de Bogotá, de 1792), es á saber, una carta en endechas á sor Juana Inés de la Cruz, tiene soltura y gracejo de buena ley, familiar y culto á un tiempo:

Paisanita querida
 (No te piques ni alteres,
 Que también son paisanos
 Los ángeles divinos y los duendes):
 Yo soy éste que trasgo,
 Amante inquieto, siempre
 En tu celda, invisible,
 Haciendo ruido estoy con tus papeles.....

Ya antes de ahora he tenido ocasión de notar que, aun en los tiempos de mayor decadencia para nuestra literatura, se conservó no marchita, en los claustros de religiosas, la delicadísima flor de la poesía erótica á lo divino, conceptuosa y discreta, á la vez inocente y profunda; la cual, no sólo en las postrimerías del siglo xvii, sino en todo el xviii, y á despecho del general entibamiento de la devoción, derramaba todavía su exquisito perfume en los versos de algunas monjas, imitadoras de Santa Teresa. Tales fueron en Portugal Sor María de Ceo, en México Sor Juana Inés de la Cruz (prescindiendo de sus méritos en la poesía profana y en otros estudios), en Sevilla Sor Gregoria de Santa Teresa, en Granada Sor Ana de San Jerónimo, y otras que, sin gran esfuerzo, podrían citarse. Á estos nombres pide la justicia que se añada el de Sor Francisca Josefa de la Concepción (conocida por *la Madre Castillo*), religiosa en el convento de Santa Clara de la ciudad de

Tunja († 1742), que escribió en prosa digna del siglo xvi una relación de su vida por mandato de sus confesores, y un libro de *Sentimientos Espirituales*, que viene á ser primoroso mosaico de textos de las Sagradas Escrituras (1). Dos romancillos intercala, no tan felices como la prosa, pero de la misma tradición y escuela.

Entretanto, los jesuitas habían introducido la imprenta en la colonia por los años de 1738, y precisamente un sermón, predicado en las honras de la Madre Castillo, fué de las primeras cosas que se estamparon. Pero esta imprenta del Colegio de Santafé tenía un carácter casi doméstico, y apenas produjo más que algunos catecismos, novenas y otros libritos de devoción. Desapareció con la expulsión de la Compañía; pero en 1783 fué sustituida por otra de más recursos y mayor importancia, la llamada *Imprenta Real*, dirigida por el tipógrafo segoviano D. Antonio Espinosa, que en 1787 publicó ya un trabajo de cierto empeño y ejecución bastante esmerada, la *Historia de Cristo paciente*, traducida por el Dr. D. José Luis de Azuola y Lozano. El mismo Espinosa fué quien hizo, en 1794, la edición clandestina de la *Declaración de los Derechos del Hombre*, traducida por el patriarca de la revolución neo-granadina, D. Antonio Nariño.

La poesía dormitaba de todo punto, y no hay para

(1) *Sentimientos Espirituales de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo, Religiosa en el convento de Santa Clara de la ciudad de Tunja en la República Neo-Granadina del Sur-América. Escritos por ella misma de orden de sus confesores. Dados á luz por su sobrino A. M. de C. y A. En Santafé de Bogotá, Imp. de Bruno Espinosa por Benito Gaitán. Año de 1843, 8.º—Vida de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción, escrita por ella misma. (Filadelfia, 1817.)*

qué traer á cuento los insulsos versos laudatorios que se leen en la *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de Santa Marta*, que escribió en 1739 el alférez D. José Nicolás de la Rosa, ni menos un esperpento dramático-alegórico que Vergara poseyó manuscrito, sin nombre de autor, y cuya portada decía á la letra: *No se conquistan las almas con violencias, y un milagro es conquistarlas: Triunfos de la Religión y prodigios del valor: los Godos encubiertos: los Chinos descubiertos: el Oriente en el Ocaso, y la América en la Europa: Poema épico-dramático soñado en las costas del Darien: Poema cómico, dividido en dos partes y cinco actos, con unas disputas al fin en prosa.*

Pero aunque estéril para la poesía, la segunda mitad del siglo XVIII fué en Bogotá de gran movimiento y transformación intelectual, la cual puede decirse que se determina entre dos fechas memorables, la expedición botánica de D. José Celestino Mutis en 1760, y el viaje de Humboldt y Bonpland en 1801. El gaditano Mutis, de quien dijo Linneo «*nomen immortale quod nulla aetas unquam delebit*», y á quien apellidó Humboldt «ilustre patriarca de los botánicos del Nuevo Mundo», fué el verdadero iniciador de la vida científica en el Ecuador y en Nueva Granada. En 1762 abrió una cátedra de Matemáticas y Astronomía en el Colegio del Rosario, donde expuso el sistema copernicano, inaudito aún en las escuelas de la América del Sur. Mutis formó y educó una generación de físicos, matemáticos y naturalistas, entre los cuales brillan los nombres de D. Francisco Antonio Zea, que andando el tiempo llegó á ser director del Jardín Botánico de Madrid; de D. José Domingo Duquesne, que escribió una disertación sobre el

Calendario de los Muisca; de D. José Manuel Restrepo, autor del *Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia*; de D. Francisco Ulloa, que lo fué del *Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre en el Nuevo Reino de Granada*; de don Jorge Tadeo Lozano, D. Eloy Valenzuela, D. Joaquín Camacho y otros varios, y del más ilustre que todos ellos, D. Francisco José de Caldas, víctima nunca bastante deplorada de la ignorante ferocidad de un soldado á quien en mal hora confió España la delicada empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas. Caldas, botánico, geodesta, físico, astrónomo, y á quien sin hipérbole puede concederse genio científico de invención, formó un herbario de cinco á seis mil plantas y dió grande impulso á la geografía botánica de la América del Sur, determinando los perfiles de las diversas ramificaciones de los Andes en la extensión de nueve grados de latitud, para dar á conocer la altura en que vegeta cada planta, el clima que necesita para vivir y el que mejor conviene á su desarrollo; inventó un método para medir alturas mediante la proporción entre el calor del agua hirviendo y la presión atmosférica; estrenó en 1805 el Observatorio astronómico de Bogotá, fundado por Mutis, y le dirigió con honra por espacio de cinco años; y como prosista didáctico, vigoroso, grandilocuente á veces, rico de savia y de imaginación pintoresca, dejó admirables fragmentos en sus Memorias sobre la Geografía del Virreinato y sobre *el influjo del clima en los seres organizados*, donde hay páginas no indignas de Buffon, de Cabanis, de Humboldt. Estos y otros estudios de vulgarización científica, animada y brillante, se impri-

mían en el *Semanario de la Nueva Granada*, memorable revista que desde 1808 á 1810 dirigió Caldas. Allí están las primicias de la cultura bogotana, que de un salto pareció ponerse al frente de la de todas las demás regiones americanas, sin excluir á México, donde paralelamente había comenzado á desarrollarse un movimiento análogo. Bogotá, que tuvo el primer Observatorio de América, como México la primera Escuela mineralógica y el primer Jardín Botánico, precedió también á la mayor parte de las capitales del Nuevo Mundo, si no á todas, en abrir una Biblioteca pública desde 1777. Bajo el paternal gobierno del Arzobispo-Virrey D. Antonio Caballero y Góngora y de D. Joaquín de Ezpeleta, se ampliaron las dotaciones de los establecimientos de enseñanza, se crearon otros nuevos de Medicina y Ciencias, se reformaron los planes de estudios en el sentido de la investigación experimental y de la libertad científica, y una masa enorme de libros, introducida, ya directamente, ya por medio del contrabando, vulgarizó en la colonia todas las ideas, buenas y malas, del siglo XVIII. Si nuestros gobernantes no llegaron á prever con tiempo que el espíritu ardiente de los criollos no había de contentarse mucho tiempo con la ciencia pura, sino que había de lanzarse rápidamente á las extremas consecuencias políticas que en aquella cultura venían envueltas, aun esta misma generosa imprevisión es para sus nombres un título de gloria.

Si la prosa científica apareció adulta y perfecta, casi por instinto, en algunas páginas de Caldas y de sus colaboradores del *Semanario*, no podía esperarse otro tanto de la poesía entregada á copleros adocenados, que copiaban sin discernimiento lo más prosaico de la poe-

sía peninsular. Ya, al tratar de Cuba, hicimos mérito del famoso mulato D. Manuel del Socorro Rodríguez, primer bibliotecario y primer periodista de Bogotá, hombre honrado, laboriosísimo y por muchos conceptos benemérito, que desde 1791 hasta 1797 publicó, bajo los auspicios del virrey Ezpeleta, el *Papel Periódico de Santa Fe*, en 1806 *El Redactor Americano*, y más adelante otros papeles. Escribió innumerables poesías, ó más bien prosas rimadas, de que tengo algunos cuadernos manuscritos, y en Bogotá existen muchos más: todo ello frío, prosaico y arrastrado, como de quien se proponía por único modelo á Iriarte, remedándole en la falta de fuego, pero no en la discreción ni en el buen gusto, ni en otras cualidades muy relevantes con que Iriarte la disimula.

Casi al mismo tiempo que el periodismo, nació el teatro, que tuvo desde 1794 local estable construido á expensas del comerciante español D. Tomás Ramírez. Existían con más ó menos actividad varios círculos literarios. Don Antonio Nariño, uno de los pocos que ya en 1793 conspiraban de verdad contra la Metrópoli, proyectó establecer uno, consagrado á *la Libertad, la Razón y la Filosofía, al divino Platón y á Franklin*; pero su persecución y destierro á causa de haber impreso clandestinamente el libro de los *Derechos del hombre*, hizo que naufragase el proyecto y quedasen con nota de sospechosos los afiliados, aunque por entonces no se procediese más que contra Nariño y Zea, que fueron enviados á España bajo partida de registro. Contrastaba con el carácter tenebroso y revolucionario de esta Sociedad, la muy inofensiva *Tertulia Eutrapélica* que se reunía por las noches en casa del humilde y devotísimo

bibliotecario Rodríguez, para leer é improvisar coplas festivas de lo más candoroso que puede imaginarse. Otra tertulia por el estilo se reunía en casa de D.^a Manuela Santamaría de Manrique, con nombre de *Academia del Buen Gusto*, que ya había tenido en Madrid otra muy famosa y aristocrática en tiempo de Fernando VI. De los versificadores que pululaban en estos círculos de Bogotá, Socorro Rodríguez era el más fecundo; pero Vergara trae noticias, y á veces muestras, de otros varios. Ante todo, presenta un pequeño grupo de poetas nacidos en Popayán, extremo meridional del Virreinato: el improvisador D. José María Valdés, el satírico D. Francisco Antonio Rodríguez, y el elegíaco D. José María Gruesso, á quien la repentina muerte de su amada dictó unas *Noches* en romance endecasílabo, imitando á Young y á Cadahalso (1). Este trágico desengaño le llevó al sacerdocio, pero no le hizo abandonar el trato de las Musas durante toda su vida, que no fué corta, puesto que murió en 1835, de canónigo de la Catedral de Popayán. Su inspiración continuó siendo lúgubre, pero su gusto mejoró algo: tradujo en verso *Los Sepulcros*, de Harvey, y escribió un poema original en dos cantos, *Lamentaciones de Pubén*. De ellos transcribe Vergara estos versos, que no son enteramente malos:

¡ Oh bosquecillos de frondosos mayos,
Románticos doquiera y hechiceros!
¡ Sombras amables del jardín silvestre
Y de los altos robles corpulentos!

(1) *Las Noches de Zacarías Geussor* (anagrama de Gruesso), socio de la Junta Privada del Buen Gusto..... En la ciudad de Santafé de Bogotá. (Ms. citado por Vergara.)

En donde el Payanés, á quien natura
Dió un corazón sensible, dulce y tierno,
Iba á gemir de humanidad los males,
Ó á pasear sus caros pensamientos.

.....
Do tantas veces con su dulce lira
Cantó Valdés sus expresivos versos,
Ó el sabio Caldas, con pensar profundo,
En pos de Urania se subió á los cielos.
..... Yo así prefiero
La pobreza y miseria, y las desdichas,
Por pisar de Payán el triste suelo,
Para ofrecerle mi sensible llanto,
Para abrazar sus desdichados restos,
Para hacer un sepulcro en sus rúinas
Y mi vida acabar con sus recuerdos.

Cítanse de él también cuatro himnos para las escuelas, uno de ellos en estrofas sáficas. Gozó fama de orador sagrado, y los sermones suyos que andan impresos reflejan fielmente los cambios políticos de su tiempo y los de sus propias opiniones, realistas primero, republicanas después: una de estas oraciones fué predicada en las exequias de la segunda mujer de Fernando VII, otra en la fiesta de acción de gracias por el triunfo de Ayacucho. Contribuyó mucho á que se fundase la Universidad del Cauca, donde leyó en 1822 un discurso inaugural sumamente celebrado, pero que hoy pasaría por trozo de retórica palabarrera.

Don José María de Salazar (1), que, andando el

(1) Nació en Rionegro (actual provincia de Antioquia) en 1785, y murió en París en 1828, después de haber desempeñado altos cargos diplomáticos. Además de varios opúsculos en prosa, publicó:

El Placer público de Santafé. Poema en que se celebra el arribo del Excelentísimo Sr. D. Antonio Amar y Borbon, Caballero profeso del orden de Santiago, Teniente General de los Reales Exércitos, Virrey, Gobernador y Capitan General del Nuevo Reyno de Granada, por D. José Maria Salazar, colegial de San